

Birmania, un hombre pierde su nombre y ya no se vuelve á pronunciar, desde el momento que obtiene un título que exprese una categoría ó una función (1). En China «hay doce órdenes de nobleza que solo se confieren á los miembros de la casa ó de la familia real,» además de «los cinco antiguos órdenes de nobleza (2).» En Europa hallamos otras pruebas. Los viajeros que han recorrido la Rusia y Alemania, países cuya organizacion social está adaptada á la guerra, dan cuenta del «furor insensato por los títulos de todas clases,» hasta el extremo de que en Rusia, «un comisario de policía pertenece al décimo octavo grado, y tiene derecho al título de *Vuestro Honor* (3).» En Alemania los nombres de categoría y de función están profusamente generalizados; se desea recibirlos y se tiene gran cuidado en darlos al hablar y al escribir. Por el contrario, en Inglaterra, donde desde largo tiempo tiende á borrarse el tipo militante, esta costumbre ha sido cada vez ménos marcada; á medida que el régimen industrial se desarrolla y que la organizacion social sufre los consiguientes cambios, disminuye visiblemente el uso de los títulos en las relaciones del mundo.

Todas las sociedades nos muestran con la misma claridad la verdad de esta relacion. Los trece grados del ejército y los catorce de la armada en Inglaterra, prueban que el carácter más saliente de un aparato social exclusivamente militar, es el número y la especificacion de los títulos. En las clases que retienen el gobierno, formadas de descendientes ó representantes de los hombres que antiguamente mandaban las fuerzas militares, se conservan aun las altas distinciones de clase; los elevados títulos eclesiásticos y judiciales, corresponden también á la organizacion gubernamental creada por el régimen militar. Por el contrario, las partes sociales ocupadas en la produccion y en el cambio que realizan la obra industrial, no llevan casi, fuera de ciertos casos excepcionales, uno de aquellos títulos que á fuerza de descender y generalizarse, han perdido casi enteramente su significacion.

Es, pues, incontestable, que los títulos empleados primeramente para recordar las victorias de los salvajes sobre sus enemigos, se extendieron, multiplicaron y diferenciaron á medida que las conquistas crearon grandes sociedades por consolidacion y reconsolidacion de las pequeñas; y por último, que propias del tipo social creado por la guerra habitual, tienden á caer en desuso y á per-

(1) Col. Yule. *Narrative of Mission to Asia*. London, 1858, 194.

(2) S. Wells Williams. *The Middle Kingdom etc.* I, 317.

(3) G. Aug. Sala. *Journey Due North, or Residence in Russia in 1856*. London, 1858, 252.

der su valor á medida que el tipo militante cede su puesto al social, propio para los trabajos de la paz.

INSIGNIAS Y TRAJES

Nuestro estudio de interpretacion nos lleva de nuevo á las victorias obtenidas por el hombre sobre sus semejantes ó sobre los animales. Las insignias provienen de los trofeos con los cuales, en los primeros tiempos, se confundian. Vimos que los Shoshones permiten llevar á sus guerreros las patas y las garras de un oso gris, «insignia suprema de gloria» para el matador del animal; este es el trofeo considerado como señal de honor. Tras eso, no puede dudarse que los cuernos de bisonte que adornan la cabeza de un jefe mandano, en señal de dignidad, hayan sido llevados en un principio como trofeo conquistado en la caza, en la cual se gloriaba en sobresalir. Esto hace suponer que una insignia toma origen de un trofeo y puede explicar los ornamentos de la cabeza de ciertos personajes divinos y humanos, en los pueblos de la antigüedad.

La insignia-trofeo que lleva un guerrero que ha conquistado el poder con su superioridad, no es más, al principio, que una distincion personal, producto natural de la bravura del individuo; por ejemplo, la piel de leon de Hércules dará origen á una insignia de familia si los descendientes de este guerrero la conservan. Es, pues, natural que en el puebló de Ukimi «se prepare la piel (de un leon) para el traje del sultan, pues nadie más osaria vestirse con ella (1);» que «una capa hecha con la piel de un leopardo, sea en los Zulús una insignia que denota la categoría;» y en fin, que en Uganda lleven ciertos criados del rey «pieles de leopardo rolladas á su cintura, para demostrar que pertenecen á la sangre real (2).»

Dicho se está que si la piel ú otras partes de las bestias muertas en la caza se convierten en insignias, también se harán tales las partes de los hombres muertos en la guerra. «Los Chichemecas limpian las cabezas de sus enemigos vencidos y colocan su piel sobre su cabeza propia, con toda la cabellera, lleván-

(1) J. A. Grant. *A Walk across Africa*, 92.

(2) Speke. *Journal etc.* 290.
Tomo III

dola como una muestra de valor hasta que se cae á pedazos (1). Por ahí se vé que la cabellera, prueba de la victoria alcanzada por el guerrero, sirve para dar fé de su honor. De igual modo podemos ver el origen de un nuevo género de insignia, derivar de una nueva clase de trofeo, en una costumbre de los naturales del Yucatan: éstos arrancaban, nos dice Landa, «después de la victoria, la quijada de su enemigo muerto; despojábanla de su carne y luego la llevaban debajo del brazo (2)». Cierto es que no hallamos ya una prueba evidente de que las quijadas se conviertan en insignias; pero tenemos excelentes razones para creer que llegan á hacerse tales, los ornamentos que representan quijadas. Después de la guerra contra los Achantis, pueblo que acostumbra á arrancar las quijadas para hacer de ellas trofeos, hánse traído á Inglaterra pequeños modelos de quijadas de oro empleados como dijes. Los hechos que acabamos de citar hacen suponer que estos objetos no se han convertido en adornos sino después de haber sido insignias llevadas por los que realmente habían quitado estas quijadas del cuerpo de sus enemigos.

Los vencidos, á veces, se veían en la necesidad de sacrificar partes de su cuerpo que se convertían en trofeos para los vencedores; pero en todo caso, perdían invariablemente sus armas que también pasaban á ser trofeos. Así sucedía entre los Griegos; y nosotros vemos llevar á los pies de Carlomagno las espadas de los jefes vencidos. En fin; si se llevan en calidad de insignias partes del cuerpo del enemigo vencido, también debe esperarse el ver llevar á los vencedores, como insignias, las armas de los vencidos. Tenemos la prueba indirecta si no directa, de que las espadas pasan del estado de trofeo al de insignia. En el Japon, «la señal constante de la categoría consiste en la manera de llevar el sable. Las clases superiores llevan dos sables, la que le sigue uno solo... El llevar sable está prohibido absolutamente á las clases inferiores (3)». Seguramente que por algo se habrá adoptado una costumbre tan incómoda como la de llevar un sable inútil; puede, pues, deducirse que el hombre de dos sables, como se le llama, era al principio un hombre que llevaba además del sable propio, el conquistado al enemigo; en este caso, lo que no es hoy más que una insignia, habría sido antiguamente un trofeo. Para los mismos

(1) Churchill's Collection of Voyages. London, 1744, IV, 513.

(2) Landa. Relation des choses du Yucatan. XXIX.

(3) Mrs. Busk. Manners and Customs of the Japanese. London, 1841, 21.

que no llevan los dos sables, el arma es también una insignia: el vencido ha sido desarmado; el sable del vencedor denota que es un dueño y le distingue del vencido que no lleva arma alguna. También, en ciertos países, es la espada un símbolo del poder; por eso antiguamente una de las formas de investidura de los príncipes consistía, en muchos casos, en ceñirles una espada. También es esto lo que hace de la espada un emblema de la autoridad judicial.

Signo de poder y de categoría, la espada es una señal distintiva que tendió como todas las demás á extenderse hácia las clases inferiores; por ejemplo, en el Japon, solo durante estos últimos tiempos ha sido cuando los hombres desarmados adquirieron por bajo mano el privilegio de llevar sable; y en Francia, hace dos siglos se dictaban penas contra el que llevaba espada ilícitamente.

La lanza revela mejor que la espada el origen de la insignia. En efecto, si la espada al hacerse una insignia conserva su forma primitiva, la lanza en igual caso, pierde en parte el aspecto de arma. En su estado primitivo, antes de toda transformación, la lanza sirve de señal de autoridad en los diferentes pueblos semi-civilizados. En su viaje á Madagascar, Mr. Ellis observó que en muchas partes de esta isla «el jefe lleva de ordinario una lanza ó un palo, ó ambas cosas (1)». Speke nos enseña que «en el palacio de Uganda á nadie le está permitido llevar armas de ninguna clase... pero el rey lleva generalmente un par de lanzas (2)». Estas dos armas nos recuerdan, como las dos espadas, la idea de un trofeo. En el Japon, los nobles «tienen derecho por su sangre para hacer llevar delante de ellos una lanza cuando van de ceremonia». Ewald saca de ciertos pasajes del primer libro de Samuel (XVIII, 10, y XXVI, 12 y 22) la conclusión de que la javalina era un símbolo de autoridad en los Hebreos. Conocemos un hecho más significativo aun. Pausanias habla de una lanza ó venablo que en su tiempo se adoraba como el cetro de Zeus. La historia de la Europa primitiva nos proporciona otras pruebas. «La lanza era el distintivo del poder real en los Francos, dice Waits, y cuando Gontran adoptó á Childeberto su sobrino, púsole una lanza en la mano, y le dijo: hé aquí la señal de que te he dado todo mi reino». Considérese la forma del adorno terminal del cetro, y ya no se dudará de que este atributo del poder sea un simple venablo modificado, un venablo que, no sirviendo ya como arma, perdió lo que le hacía propio para servir de instrumento de destrucción, mientras se enriqueció con oro y piedras preciosas. Poco á poco fué como el cetro perdió su carácter

(1) Rev. W. Ellis. Three Visits to Madagascar. London, 1858, 178.

(2) Speke. Journal of the Discovery etc. 375.

de arma; un hecho nos lo prueba. El prelado que consagró á Oton en 937, pronunció en efecto estas palabras: «Este cetro os servirá para castigar paternalmente á vuestros súbditos.» Desde entonces podemos suponer que despues que la lanza llevada por el jefe supremo se hubo transformado en cetro, las lanzas llevadas por subalternos del jefe, símbolo de la autoridad delegada que ejercian, cambiáronse poco á poco en insignias de funcion, bastones de mando, varillas de magistrado, etc. Hay otros hechos que pueden citarse en apoyo de esta conclusion; á saber, que las señales del poder oficial son transformaciones de las armas ó de los trofeos llevados por el hombre de guerra. Entre los Araucanos, «la insignia distintiva del Toqui (jefe supremo) es una especie de hacha de armas de pórfido ó de mármol.» Speke nos hace el retrato del gobernador general de una provincia de Uganda. «La insignia de su cargo, dice, es una achita de hierro con incrustaciones de cobre y mango de marfil.» La Francia de la Edad Media nos proporciona dos hechos en los que vemos convertirse en insignias otras partes de las armas de un guerrero. El escudo que llevaba de ordinario el caballero como arma defensiva, dice Quicherat, fué estimado por la nobleza hasta despues que hubo dejado de ser útil, porque era una señal distintiva; lo propio sucedió con las espadas, que al principio solo eran atributo de los caballeros, pero que acabaron por hacerse atributos honoríficos y cuyo uso se extendió á los obispos y hasta al bajo clero.

Otro de los símbolos de la autoridad, la bandera ó enseña, parece tener análogo origen: la bandera es tambien una lanza modificada y desarrollada.

Ciertas costumbres de los Peruanos lo prueban hasta la evidencia. «Estos tenían una lanza adornada con plumas de varios colores desde la punta hasta el cuento, fijadas con aros de oro. Esta enseña servia de estandarte en tiempo de guerra (1).» Esto hace suponer que los accesorios de la lanza fueron empleados primeramente como adornos, y que incidentalmente proporcionaron un medio de reconocimiento merced al cual pudieron reunirse en torno del jefe. Añadamos que, segun Mr. Markham, la ereccion de una lanza que llevara una bandera, parecia servir de señal de la presencia del rey, hecho que comprueba la induccion de que la lanza se habia convertido por una asociacion de ideas, en insignia del poder político, y que da tambien á comprender cómo el desarrollo del ornamento decorativo que se le añadia, dió origen á la bandera.

(1) Garcilaso de la Vega.

A medida que cierto número de pequeñas sociedades se funden por conquista para formar sociedades mayores, fusion acompañada del desarrollo de la organizacion militar, se hace sentir la necesidad de distinguir no solo al jefe de una tribu, de sus guerreros, sino tambien á unas tribus de otras; esto es lo que se vé en los pueblos poco civilizados ó semi-civilizados. Durante las guerras que asolaban las islas Sandwich, las clases de jefes tenían por insignia mantos de pluma de tamaños y colores diferentes (1). Entre los Fijianos, cada cuerpo de tropas «combate bajo su propia bandera,» y «las banderas se distinguen entre sí por señales (2).» Cuando se reunia el ejército de los Chibchas, «cada cacique, cada tribu enarbolaba sobre sus tiendas enseñas diferentes; para ello echaban mano de capas por las cuales se distinguian entre sí estas tribus. En fin; «los Fijianos ponian gran cuidado en distinguir á las personas por insignias diferentes, sobre todo en la guerra (3).» Añadamos que «la enseña heráldica del imperio mejicano representaba una águila abatiendo un tigre,» lo cual nos recuerda los nombres de animales llevados por los reyes; y tenemos la prueba de que, hasta cierto punto, en algunos casos las señales distintivas inscritas en las banderas de los jefes, representaban sus nombres; lo cual recuerda nuestra opinion sobre los triunfos en la guerra y en la caza, que son el origen de estos nombres. Lo que hace suponer que las divisas inscritas en las banderas tenían esta significacion en los primeros tiempos (naturalmente que no sucedia así en los pueblos cuyas tierras, como las de las islas Sandwich ó Fiji, no sustentaban animales feroces), es que aun hoy mismo se ven en banderas y estandartes figuras de animales de rapiña, mamíferos y aves, cuyos nombres acostumbraban tomar los ilustres guerreros de los tiempos primitivos. Si estas figuras de animales háñse convertido poco á poco en accesorias, es porque el color, merced al cual una bandera puede verse de lejos, tomó poco á poco el primer lugar.

Hoy se admite que las insignias heráldicas derivan de las de tribus ó totems. Tenemos una prueba directa de que los nombres de tribus, en tantos puntos, tomados de nombres de animales, y asociados con frecuencia á creencias segun las que los animales eponimos eran los verdaderos antepasados, sir-

(1) Rev. W. Ellis. *Tour Through Hawaii*. 126.

(2) *United States Exploring Expedition*. III, 79.

(3) Clavijero.

vieran á veces de origen á las insignias de tribus. Entre los Thlinkitos, dice Bancroft:

«La nacion se divide en grupos ó clans: uno se llama el Lobo y otro el Cuervo. En sus casas, en sus barcos, sus vestidos, sus escudos, en todas partes, en fin, donde hallan espacio para ello, pintan ó graban en él sus blasones, divisas heráldicas que representan el venado ó ave, símbolo del clan (1).»

Apoyados en tales hechos, no podemos racionalmente dejar de aceptar la hipótesis de que las divisas heráldicas, primitivamente usadas en las naciones civilizadas, tienen un origen análogo. En China, «los mandarines letrados llevan aves bordadas en oro en sus vestidos como señal de su categoría; los mandarines del ejército llevan imágenes de animales, tales como el dragon, el leon, el tigre (2).» «Por estas señales honoríficas es por lo que el pueblo reconoce la categoría ocupada por estos oficiales en sus nueve grados de la jerarquía del Estado.» ¿Cómo no deducir de ahí que el uso de figuras de animales como símbolos, por distinto que haya llegado á ser del uso primitivo, tuvo por origen aquel al cual la tribu debía su nombre, y por consiguiente sus insignias? Sabemos tambien que en los primeros tiempos de la historia de Europa, se llevaban sobre el vestido cotas de armas blasonadas de la misma manera, de igual modo que se ostentaban de diversos modos los signos heráldicos; lo cual nos obliga á atribuir el mismo origen á los blasones de familia que en nuestra época vemos pintados en las portezuelas de los coches, cincelados en las obras de platería, ó grabados en los sellos.

Las costumbres de las naciones civilizadas nos impiden ver á primera vista que los hombres primitivamente, no se sentian inclinados á vestirse para estar abrigados ó por una idea avanzada de decencia. Speke cuenta que los Africanos de su escolta se ponian con orgullo sus capas de piel de cabra cuando hacia buen tiempo, y se las quitaban cuando iba á llover, permaneciendo desnudos y tiritantes. Henghi nos enseña que entre los Schiluks, los hombres todos van en cueros; el mismo sultan y su visir, solo durante las audiencias oficiales y en determinadas ocasiones solemnes, usan una especie de camisa pintorreada (3).

(1) Bancroft. *The Native Races etc.* I, 109.

(2) Du Halde.

(3) Henghi. *Reise in das Gebiet des Weissen Nil.* Leipzig y Heidelberg, 1869, 92.

Estos hechos nos demuestran que el traje como la insignia, no fué en un principio para el hombre, sino un medio para excitar la admiracion.

Ya hemos citado hechos referentes á los Indios de América, que llevan como señales de honor las pieles de animales terribles muertos por sus manos; en ellos vemos que la insignia y el traje tienen un origen comun, y que el traje, á lo ménos en ciertos casos, es el producto de un desarrollo de la insignia. Hé aquí la prueba de que así fué en las razas primitivas de Europa. Guhl y Koner notan en su *Vida de los Griegos y Romanos*:

«El abrigo de la cabeza y de la parte superior del cuerpo, dicen Guhl y Koner, destinado á protegerle contra el mal tiempo y las armas del enemigo, consistia primeramente en una piel de animal salvaje. Por donde el trofeo del cazador se convertia en arma defensiva del guerrero... Observábase igual costumbre en las naciones germánicas, y parece que los Romanos lo adoptaron para sus porta-estandartes y cornetas, como lo atestiguan los monumentos del periodo imperial.»

Puede, pues, concluirse que el carácter honroso de la insignia y del traje deriva simultáneamente del carácter honroso del trofeo. Nada hay que pruebe directamente que la posesion de un vestido de pieles pase al estado de un signo distintivo de clase; no obstante, como las pieles de los animales temibles se convierten muchas veces en decoraciones distintivas de los jefes, parece probable que las pieles, de una manera general, sirvieron de distincion á la clase dominante, cuando habia una clase servil. Hasta puede añadirse que, en una sociedad primitiva, esta diferencia no puede ménos de producirse entre los dos grupos de hombres de los que unos, dedicados á la caza cuando no están ocupados por la guerra, pueden conquistar vestidos de piel, mientras que los otros que son esclavos, están privados por sus ocupaciones mismas de los medios de adquirirlas. De ahí es tal vez de donde proviene la prohibicion de vestir peletería dictada en la Edad Media en Europa para las clases inferiores.

Independientemente de estos hechos, se puede admitir que el uso de llevar vestidos, se ha hecho un signo distintivo de clase, pues que el prisionero despojado de sus vestidos por el vencedor, y por consiguiente esclavo, está de todo punto reducido á andar desnudo. En ciertos casos se observan resultados exagerados de esta diferencia. Cuando los inferiores llevan vestidos, los superiores se distinguen de ellos llevándolos en mayor número. Segun el relato de Cook, entre los naturales de las islas Sandwich, la cantidad de vestidos es un signo